



hallado en una capa que no estuviera removi- da por mano de hombre. Exceptúo solamente las hachas pulimentadas, que se hallan á veces entre las ramas de árboles cortados (1).»

Cárols Vogt, célebre materialista y prehis- tórico, dice en sus *Prelecciones acerca del hom- bre*, «que los hombres se encuentran *primera- mente* en el período diluvial, por otra parte lar- guísimo (como que acepta para la cuenca del Mississipi muchos más años que Lyell), que to- davía no se han hallado vestigios de su apari- cion anterior, es corriente entre los geólogos (ignoro si habrá mudado ya de parecer); mas si apareció en nuestro continente antes ó des- pues del *último período glacial*, se disputa. Des- pues de la más atenta consideracion de los he- chos, yo he adoptado el último partido; en to- das partes he encontrado pruebas de la existen- cia del hombre únicamente despues del gran período glacial, despues de la formacion del terreno glacial de Escandinavia, Inglaterra, Suiza, etc.» Y hablando de las cavernas, dice que la distribucion en ellas de las materias que las rellenan, conserva un *caracter misterioso* (es decir, que no lo entiende).

Plaff asegura que las capas de estalactitas y estalacmitas se llenan hoy todavía en el es-

(1) *La question diluvial et le silex ovoré*; Paris, 1864.

pacio de 50 años. Elie Beaumont, admitiendo la autenticidad de los hallazgos de Perther, sostenia, sin embargo, que no eran más antiguos aque- llos restos que los encontrados en los palafitos. En fin, confiesa Vogt que falta toda base para calcular la edad del hombre por años, siglos ó miriadas de siglos. Es confesion preciosa y muy verdadera.

Al concluir este trabajo, debemos confesar que se ha emprendido habiéndonos faltado ha- sta el auxilio de los libros en que se combaten las teorías prehistóricas. Para nosotros el éxito de esas teorías no es dudoso; ellas se sostienen y cunden merced al espíritu de incredulidad y materialismo hoy dominante, y nos parece un lastimoso error el que las secunden los creyen- tes y católicos como Vilanova, que á su pesar habla no pocas veces el lenguaje de los mate- rialistas. Para nosotros es *una verdad demos- trada en filosofía*, que el hombre no procede de un estado salvaje primitivo; que las fraccio- nes de la humanidad que á ese estado llegaron, lo hicieron descendiendo; que para volver á su- bir necesitaron todas la accion de los pueblos civilizados; y por consiguiente, que hubo *siem- pre* algunos, de los que partió esta accion, pa- ra volver á civilizar á la humanidad; mision que ya no puede desempeñar sino el pueblo cristiano, hasta que haya *unum ovile et unus pastor*.

Si hay un problema interesante y capital para la humanidad, y del cual por lo mismo no puede prescindir la Historia universal, lo es ciertamente el de la unidad de la especie hu- mana, y mucho más si esta unidad no es sólo tal cual la ciencia la admite, sino como la re- velacion la enseña y perfecciona; esto es, aquella unidad por la cual, no sólo todos los hombres tie- nen la misma naturaleza esencial, sino que ade- más son hijos todos del mismo padre y constitu- yen una sola familia de hermanos. Idea nobilísi- ma, que cambió radicalmente las relaciones hu- manas, y que avivada más aún con la doctrina de la redencion de todos los hombres con la mis- ma sangre del Hombre-Dios, es la causa prin- cipal de la civilizacion del mundo y de la más completa y universal que esperamos en lo fu- turo. Sin esa idea, dominaria aún la horrible máxima antigua que hacia un enemigo de todo extranjero y daba á la guerra de conquista por el éxito coronada, la cualidad de un derecho, y hacia de la nacion vencida materia de explo- tacion y plantel de esclavos de la vencedora.

Aunque el Cristianismo no tuviera otros mé- ritos que el de haber introducido en el mundo esta idea fecundísima y santa, bastaria para que todo hombre de corazon y nobles senti- mientos le admirara como la doctrina más so- cial, y le reverenciara como institucion divina. Mas la mentida civilizacion de nuestro siglo, parece cansada de él y pretende volver al pa- ganismo, resucitando doctrinas de que se hu- biera avergonzado con razon cualquier filósofo ó publicista de la Edad Media, contra cuyas ti- nieblas y barbarie tanto suelen declamar hoy los de sábios presumidos.

Se ataca, pues, esta idea eminentemente ci- vilizadora y santa, ó por el interés material de sostener la esclavitud, ó por el de destruir el cristianismo, para sustituirle con el materialis- mo más abyecto y el ateísmo más brutal. No se extrañe, por tanto, que nos detengamos en un punto tan capital para la historia, para la civi-

APÉNDICE SEGUNDO

III

UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA

lizacion y para el cristianismo, y pongamos á la vista del lector la falta de ciencia, ó la ciega prevencion de los que atacan la unidad de la especie humana, aun despues que la *fraterni- dad* por Jesucristo predicada y enseñada sirve de lema á los partidos más avanzados, que se creen los mejores representantes de la civiliza- cion y los directores del progreso humanitario. Perdónesenos que entremos en largos porme- nores, que expongamos el estado actual de la ciencia, que demostremos que, no ella, sino prevenciones odiosas son las que hacen á mu- chos rechazar la idea de la unidad de la espe- cie humana y de la fraternidad universal, que nos enseña el Génesis por una parte, y Jesucris- to despues al decir: *mas vosotros todos sois her- manos; orareis así: Padre nuestro, que estás en los cielos*.

I

Si existe la especie zoológica, y no es una mera abstraccion fundada únicamente en seme- janzas más ó ménos íntimas, ha de ser inva- riable en lo esencial, ha de constituir un tipo, ha de representar una idea orgánica especial, en la cual encuentre una barrera que jamás pueda traspasar. La especie puede aparecer ó desaparecer de la tierra; pero jamás puede tras- formarse en otra; si ha de ser una especie real y verdadera. Descartamos, pues, para nuestro objeto la hipótesis de los trasformistas, hoy en boga con el nombre de darwinismo, aunque nuestros argumentos les alcanzarán tambien de una manera irrefragable; pero principalmente hablaremos con los que, admitida la especie, y por consecuencia su fijeza, sostienen que la hu- manidad está compuesta de muchas, de modo que sea imposible derivar, por ejemplo, al ne- gro ú hotentote del europeo. Contra estos sos- tenemos, con la generalidad de los naturalistas y etnógrafos, que las razas humanas son va- riedades de una sola especie y no especies de un género; que la ciencia no puede probar la



imposibilidad de la formación de muchas razas dentro de una especie, ni por consecuencia la imposibilidad de que todos los hombres procedan de una sola pareja; finalmente, que la ciencia prueba la verosimilitud de la formación de las diversas razas humanas de una misma especie, y de que todas ellas procedan de una sola pareja, como nos lo enseña ciertamente la revelación. Tres afirmaciones que dilucidaremos sucesivamente.

La especie es, dice Frédault, «una misma naturaleza y forma en individuos distintos, que se perpetúa indefinidamente por generación, y puede variar sin alterarse.» Con esta definición están acordes los más distinguidos fisiólogos y naturalistas. «La especie es, dice J. Müller, una forma de vida representada por individuos, que aparece con caracteres ciertos é indelebles en las generaciones siguientes, y se reproduce constantemente por vía de generación de individuos semejantes. Esta última circunstancia distingue los híbridos de los individuos de la especie. Los híbridos, cuya procreación es ya difícil, á causa de la repulsión que sienten unos por otros los individuos de especies diferentes, son incapaces de reproducir sus propios caracteres ayuntándose entre sí. Las variedades son formas de vida particular, comprendidas en la idea de especie, y representadas por individuos cuyos ayuntamientos entre sí, ó con individuos de otras variedades, son fecundos; cuando la variedad persiste, se forma una raza.» J. Leunis dice así: «Cuando diferencias no esenciales de tamaño ó color procedentes de influencias extrañas se perpetúan por la generación ó la semilla, entonces se forma una variedad, una sub-especie (raza); mas cuando estos caracteres se pierden en las generaciones siguientes, no es más que una simple variedad pasajera.» La especie, dice Flourens siguiendo á Cuvier, es la sucesión de individuos que se reproducen. La semejanza de los individuos que hace entrar Buffon en su definición, es un punto accesorio, pues como él mismo observa, hay individuos de distintas especies que se parecen más á veces que otros de la misma especie en sus distintas variedades. La especie viene de la fecundidad continua; la fecundidad forma la fijeza, ella es en definitiva la que decide de todo. «El carácter de cada especie, dice Buffon, forma un tipo cuyos rasgos principales permanecen, variando las propiedades accesorias.» «Todos los naturalistas, dice Geoffroy Saint-Hilaire, admiten esta definición, ó al menos obran en consecuencia con ella.» No citamos las definiciones idénticas de nuestros Vilanova, Colmeiro, Galdo, Perez Arcas, etc., porque no se recusa su autoridad

por ser españoles. Sólo los naturalistas de la escuela americana esclavista, como Morton, Agassiz, etc., y algunos materialistas europeos, como Vogt y Gabel, insinúan una doctrina contraria de la especie, definiéndola los primeros: «la colección de individuos que, desde que son conocidos del hombre, han conservado siempre los mismos caracteres particulares.» Ellos no admiten variedades, sino sólo especie, á pesar del mentís que les da cualquier jardín botánico y las razas más comunes de especies idénticas, como las de los caballos y perros. De este carácter esencial de la especie, que consiste en poderse perpetuar indefinidamente sus individuos por vía de generación, podemos ya sacar la identidad de la especie humana, puesto que todos sus individuos, aun los más desemejantes, pueden procrear á otros indefinidamente fecundos. Argumento es este que hasta ahora nadie ha refutado ni puede refutar. Una objeción hace Berard á esta doctrina de la especie, calificándola de paralogismo, como si se sostuviera la unidad de la especie humana en esta forma: *Serán de la misma especie* los individuos de cuya unión proceden otros indefinidamente fecundos; tales son los hombres todos, luego forman una misma especie. Que es decir, que la concepción de especie es arbitraria, tomada á capricho, no fundada en la naturaleza. Mas el hecho es que, si á fuerza de dificultades é industria se logra la unión sexual de individuos de distintas especies, no se obtiene ningún resultado; y por el contrario, los de la misma especie se obtienen con la mayor facilidad y con resultados siempre fecundos. Dos hechos son estos que nadie niega ni puede negar, que tienen un valor, que significan algo; y esto no puede ser otra cosa sino que, individuos diferentes de forma y naturaleza, y por consiguiente de especies diversas, no procrean juntos, mientras que se reproducen indefinidamente los que convienen en la misma forma y la misma naturaleza, es decir, que la fecundidad indefinida es el signo natural de un mismo tipo animal y forma de vida, que da lugar al primer grupo natural de clasificación á la especie, sin la cual no es posible una clasificación natural. Cierto es que individuos de especies muy afines pueden procrear juntos; pero sus productos son estériles, como se ve en los mulos, y si tal vez son fecundos, no es sino por breve tiempo, resultando al fin estériles después de algunas generaciones, ó volviendo á uno de los tipos primitivos. No sólo es, por lo tanto, la especie un grupo natural, el más natural de todos, sino que el hecho mencionado demuestra su permanencia y fijeza. O la experiencia no prueba na-



da al naturalista, debiendo preferir á ella cualquiera concepción caprichosa ó teoría *à priori* ó ese hecho constante y general que no tiene excepción alguna probada, demuestra que las especies existentes ó extinguidas son otros tantos tipos diversos, idénticos desde que fueron criados, ó *aparecieron sobre la tierra* (para que no se ofendan los naturalistas que rechazan la creación sin razón suficiente), y que es por consiguiente una quimera, un capricho contrario á la ciencia, una hipótesis irracional, la transformación de especies, que tanto ruido hace ahora.

De aquí se sigue que la unidad de especie y diversidad de razas bastan para explicar las diferencias todas de los hombres. «Las razas humanas, dice J. Müller, son formas de una especie única, cuyas uniones son fecundas y pueden producirse por generación; no son especies de un género, pues entonces sería estéril la unión de sus híbridos.» Tal es igualmente la doctrina de los naturalistas y etnógrafos más ilustres: Humboldt, Brumenbach, Rudolf, A. Wagner, Burdach, Wilbrand, T. Waitz, Prichard, Buffon, Cuvier, Flourens, Quatrefages, y otros mil.

El mismo Burmeister escribe: «Todas las naciones de la tierra pertenecen á una sola, y la misma especie en el sentido natural é histórico, y sus diferencias, pueden pasar por variedades con buen derecho.»

La prueba sacada de la esterilidad de los híbridos, al menos después de algunas generaciones, es irrefutable; y á los que intentan probar que los mestizos no poseen esta fecundidad indefinida, le responde perentoriamente el hecho contrario en Méjico, Nicaragua, Nueva-Granada, Curaçao, Paraguay, Filipinas y otros muchos puntos, donde los mestizos se propagan indefinidamente, y aun ganan en robustez y hermosura á las razas de que descienden.

Ley es de la especie la unidad en la variedad, la unidad en lo característico, y la variedad en lo accidental. Esto es tan manifiesto, que ni el vulgo mismo se engaña, como al llamar gallinas á las blancas y negras y pintadas, grandes, chicas, con cola ó sin ella, etc.; caballos á los andaluces, ingleses, árabes, normandos, píos, etc.; perros á los mastines, dogos, conejeros, chinos, falderos, lebreles, etc. Lo propio sucede en nuestro caso. El más extraño á las ciencias naturales llama sin vacilar hombres á todos los que lo son, aunque pertenezcan á las razas más distintas, y nunca se engaña tomando por hombre á ningún cuadrúmano. La causa es no sólo el aspecto general,

sino la conservación de los mismos caracteres fundamentales que constituyen el tipo específico, á pesar de sufrir modificaciones poco importantes.

La organización de todos los hombres es la misma en lo esencial. Las diferencias del esqueleto se reducen al cráneo y la pelvis. Estas últimas son insignificantes entre los negros comparados con los europeos, ni aun se suele hacer mención de ellas en las descripciones de las razas, mientras que son bien grandes entre el gorilla y el orangutan. El ángulo facial varía en el hombre de 75 á 90 grados, mientras que en el mono varía entre 30 y 65 grados, límite superior. Los cráneos humanos tienen caracteres distintivos, ya procedentes de la posición del agujero occipital y de las articulaciones del occipucio, ya los que se refieren á los huesos maxilares. «En consecuencia de ello, dice Owen, concluyo que todos los hombres no forman sino una sola especie, y que las diferencias peculiares á las razas sólo denotan variedades.»

Todas las razas humanas tienen igual número de dientes, igualmente dispuestos; mientras que el gorilla y chimpancé se alejan del hombre por una diferente construcción del cráneo, que no puede proceder del alimento, género de vida ó esfuerzos musculares, y por los grandes caninos del gorilla macho, que alcanzan todo su desarrollo aun antes de haber servido. Entre todos los hombres blancos, negros ó aceitunados, fuera de algunas ligeras modificaciones individuales, es igual el contorno del cráneo: el cerebro del negro del Congo no se distingue en nada del europeo, como lo probaron Tiedemann y R. Wagner. Según el mismo Wagner y Gratiolet, los pliegues cerebrales recuerdan en todos los hombres el mismo tipo fundamental, y aun los cráneos microcéfalos no se aproximan al tipo del mico. «Las diferencias entre el hombre y el mico de orden más elevado, dice Bischoff, se extienden hasta los más pequeños pormenores, y producen un efecto general aún más chocante que los rasgos particulares y salientes que se suelen enumerar. Sola la prevención acerca de estos rasgos aislados, me explica cómo un naturalista como Huxley ha podido dejar que se le escape una proposición como esta, á saber, que las diferencias que existen entre ciertos micos son mayores que las que se notan entre el mico de orden más elevado y el hombre. La verdad es que, considerado el efecto general resultante de las diferencias particulares, el más ajeno á las comparaciones científicas, un niño no se sentirá embarazado para colocar del mismo la-



do todos los micos del mundo, y de otro á todos los hombres de la tierra, sin exceptuar á los habitantes de la Nueva-Holanda ni los insulares de Andaman; tan numerosas y variadas y relativas á los más pequeños pormenores son las diferencias.» Y Virchow confiesa que «hasta aquí es absolutamente imposible establecer una relacion inmediata del hombre al mico: *no existe cadena real continua que vaya desde el mico al hombre.*»

Lo interior del cuerpo humano es idéntico en todos los hombres, como lo es el período de la dentición, de la menstruación, de la preñez. Todos tienen la marcha recta, fundada orgánicamente en la construcción del pié y en la diferencia entre las extremidades torácicas y abdominales; todos son omnívoros y viven en todos los climas, usan los cinco sentidos y saben preparar sus alimentos, mientras que el mico, aunque siente la impresión agradable del fuego, no sabe hacerlo, ni aun alimentarle echando leña. Todos los hombres están dotados de razón y de palabra, son susceptibles de una civilización progresiva, poseen una industria y un arte, pues construyen armas ó redes y se pintan y adornan, aunque no se vistan; todos son capaces de sentimientos religiosos y morales, siendo esto, dice Quatrefages, uno de los caracteres distintivos del hombre. «Al afirmar la unidad de la especie humana, dice A. Humboldt, repudiamos altamente la clasificación de razas superiores é inferiores. Hay pueblos más aptos para ser moralizados, más cultos y ennoblecidos por la civilización; pero no los hay más nobles unos que otros.» Las observaciones que parecen acreditar la inferioridad de los negros, están hechas sobre individuos, no sobre pueblos, y en las condiciones más desventajosas, como entre los sometidos á la esclavitud ó recientemente emancipados; para desvirtuarlas bastan los ejemplos de Toussaint Louverture y de Ira Aldridge. ¿Qué es la vida de un hombre para compensar lo que nos ha dado una civilización progresiva de mil años? No lo explica todo ciertamente el clima, pero explica mucho, y más si se le considera combinado con el género de vida, usos, ocupaciones, escasez ó nulidad en la educación, mediante la cual se ven en las ciudades fabriles de Europa no pocos individuos que apenas aventajan en inteligencia á los negros más estúpidos. Véanse todas estas reflexiones, con las citas anotadas de los autores que hemos alegado, en Hettinger, *Apologie der Christentum*.

Resolvamos antes de pasar adelante algunas objeciones más importantes. Ya hemos dicho que la especie en zoología, ó es inmutable en lo

esencial y característico, ó no existe; es una mera abstracción, una idea genérica fundada en analogías transitorias; de modo que su fijezá é inmutabilidad es la condición precisa de una clasificación natural, sin la cual no existe la zoología. Se arguyó, y arguye aún, que bien pueden las especies existentes proceder de otros tipos extinguidos por transiciones graduales entre tantos como nos ha revelado la paleontología. A esto, respondemos desde luego que es una hipótesis no fundada en un solo hecho probado en tres mil años de estudios, supuesto que á tanto se elevan los esqueletos y momias recogidas en los antiguos monumentos egipcios, y que en nada difieren de las especies actuales. Además, ya Cuvier respondía que, si así fuera, se hubieran encontrado esas formas transitorias entre los fósiles, cosa precisa, después de tantos como se poseen de todos los terrenos y edades, y no se hallan sin embargo. Singular es que Brocca, por ejemplo, haya creído encontrar cráneos que manifestaban la transición entre el mico y el hombre, hecho negado y ridiculizado por otros eminentes naturalistas que los examinaron con él, y no se hayan encontrado aún formas que representen esas transiciones entre tantas otras especies de que se tienen ejemplares á miles. Si no estuviera de por medio la narración del Génesis y la creencia cristiana, seguro es que no habría tanto empeño en defender que el hombre *puede proceder* de otros animales por transformación gradual, porque pruebas de hecho, que son las únicas que hacen fe en ciencias naturales, no existen hasta la fecha ni existirán.

La mutabilidad *limitada* de las especies que defendía contra Cuvier Geoffroy Saint-Hilaire, no es más que una oposición á la doctrina, quizá demasiado absoluta, de su ilustre adversario. Porque desde el momento en que se afirma la mutabilidad *limitada* de la especie, se dice que *tiene límites*, lo cual es reconocer un tipo que tiene cierta extensión, pero de la cual no puede salir. Es cuestión de palabras. Nadie ha sostenido que no existan variedades, y aun razas, dentro de una misma especie; mas ellas están encerradas dentro de ciertos límites, fuera de los cuales no salen, lo cual prueba que hay un tipo que las comprende á todas, y que es inmutable en su forma general. Podrán presentarse dificultades prácticas en la clasificación; pero no hay más que acudir al carácter fundamental que determina la especie, su propagación indefinida por vía de generación.

Bernard cree que de la unión de especies distintas puede suceder: 1.º, que no se obtenga producto; 2.º, que se le obtenga estéril; 3.º, que



sea fecundo, pero limitado á pocas generaciones; 4.º, que sea indefinidamente fecundo. «Este caso lo realizan las *especies humanas*, y quizás no sean ellas solas.» Ya se ve cómo aquí se da por supuesto lo que está en cuestión, que existan muchas *especies humanas*, sin duda como las especies de carneros, caballos, cerdos, etc. Si se las llama especies en el sentido vulgar, nada hay que decir, puesto que sólo se trata de diversas formas exteriores; pero en el sentido científico, designando una misma naturaleza y tipo común á muchos, ya es otra cosa. Descubierta el sofisma, no hay sino pasar adelante. Muéstrase que existen especies nuevas procedentes de séres híbridos, y se probará el intento; pero ellas no existen en la naturaleza, y cuando el hombre logra cambiar á fuerza de astucia y paciencia el orden natural, la naturaleza misma se encarga de enderezarle de nuevo, negando la fecundidad indefinida, ó volviendo á uno de los tipos primitivos, con lo cual hace imposible la aparición de una nueva especie. Mucho ruido ha hecho Brocca con los *lepóridos*, mestizos de liebre y conejo, obtenidos por Roux con gran trabajo, y llevados, dice, hasta la décima generación. Sea, lleguen á la vigésima ó centésima; nunca se la alcanzará indefinida; y si se los deja en libertad, presto la obra de Dios anulará la del hombre, y esa raza, con tanto trabajo obtenida, desaparecerá desde que quede abandonada á sí misma, como ha sucedido en todos los casos análogos sin excepción.

Costumbre es de hombres doctos de cierta escuela aproximar el hombre á los animales, rebajando las facultades de aquel y elevando las de estos, hasta el punto de no ver diferencia esencial, sino diferencia de grados. «Es un juego para ciertos hombres, dice Bossuet, defender la causa de las bestias contra sí mismos. Este juego sería tolerable si no tuviera mucho de serio; mas el hombre busca en sus juegos excusas para sus apetitos sensuales, y se parece á un noble de nacimiento, que, bajo de inclinaciones, no quisiera acordarse de su dignidad, para no verse obligado á vivir como ella demanda. Es lo que hizo decir á David: *Estando el hombre en honra, no lo conocí; y se comparó á los animales insensatos, y á ellos se hizo semejante.*» Palabras graves, que no queremos aplicar á todos los modernos materialistas, limitándonos á decir que han observado mal cuando atribuyen inteligencia á los animales, y están escasos de buena filosofía. Berard les atribuye la facultad de *abstraer y generalizar*, y copiando un pasaje de Flourens, en que se le niega con buenas razones la reflexión, procura

evadirse de ellas diciendo que no vemos lo que pasa en la inteligencia de los animales, y no somos jueces competentes de sus operaciones mentales.

Mas si esto es así, ¿cómo sabe él que abstraen y generalizan? Abstraer y no poseer ideas propiamente dichas, no cabe; y no se prueba que ningún animal tenga ideas de esta clase, sino meras representaciones de los objetos materiales. No conociendo directamente lo que pasa en su interior, habremos de reducirnos á juzgar por los signos exteriores, si nos hemos de aproximar á la verdad. Mas el signo de la inteligencia es su expresión, es la palabra; allí donde existe, como en todos los hombres, concluimos que hay inteligencia, y donde no existe, como en los animales, es lógico y racional concluir que no la hay. Otro signo de la inteligencia es la invención, la industria, si quiera sea limitada, y esta existe en todos los hombres y no existe en ningún animal; pues las habilidades de las abejas, castores, pájaros, etc., no son una industria, una invención, son actos instintivos que no sabemos explicar, pero que ellos practican uniformemente sin necesidad de discurso ni aprendizaje, ni progreso alguno, prueba de que no entra aquí para nada la inteligencia. Si el lenguaje de los animales manifestara idea alguna, si fuera verdadera palabra, y se reprodujera por consiguiente del mismo modo para manifestar la misma idea, el hombre, que hace tanto tiempo los estudia, hubiera llegado á comprender su lengua, como llega á comprender los idiomas más desconocidos de los pueblos extraños.

Cuanto á la religión, se ha sostenido por muchos que diversas tribus salvajes carecen absolutamente de ella, al paso que otros ven en algunos animales rudimentos del sentimiento religioso. En lo primero hay de seguro notable exageración y ligerezas de viajeros, que han estudiado las tribus que describen como el famoso Dumas á España, á juzgar por la exactitud de sus descripciones. Pero el argumento no nos importa, porque la religión *en acto* no es carácter distintivo del hombre, sino en hábito ó en potencia; quiero decir, que todas las tribus, por salvajes que sean, tienen aptitud para las ideas religiosas, y en efecto, las adquieren y practican luego que les son enseñadas por los misioneros, cosa que no sabemos haya tenido lugar con los gorilas ó chimpancés. Esto prueba que las ideas religiosas no son invención humana, pero no que el hombre no sea naturalmente religioso, puesto que tiene la aptitud natural para aprender y practicar una religión, en la cual se afirma luego tanto como



nos lo manifiesta la historia. Cuanto á los sentimientos religiosos de algunos animales, el doctor Mata, que cree en ellos, no se enfadará si pasamos de largo sin discutirlos seriamente.

Sobre el cerebro humano comparado al de los monos, dice Gratiolet: «El estudio del cerebro de los microcéfalos me ha ofrecido nuevos datos con los cuales se prueba evidente y anatómicamente la diversidad del hombre de los monos. Comparando atentamente el cerebro de estos al de aquel, he reconocido que en la edad adulta es el mismo el modo con que están dispuestos los pliegues cerebrales en ambos grupos, y á detenerse aquí, no habria motivos suficientes para separar al hombre de los animales en general,—mucho decir es, y debe entenderse *bajo este solo respecto*;—mas el estudio del desarrollo del cerebro, obliga á separarlos absolutamente. En efecto: en el cerebro de los monos aparecen las primeras las circunvoluciones temporales-esferoidales, y terminan por el lóbulo frontal; mas en el hombre sucede lo contrario... De este hecho, rigurosamente probado, resulta una consecuencia necesaria: que ninguna detención en el desarrollo podría hacer al cerebro humano más semejante al del mono adulto; al contrario, diferirá tanto más, cuanto menos desarrollado esté. Esta consecuencia queda plenamente justificada por el cerebro de los microcéfalos; á primera vista podría tomarse por el cerebro de algún mono nuevo y desconocido, pero basta la más ligera atención para evitar este error. En un mono la cisura paralela seria larga y profunda, el lóbulo esferoidal estaria cargado de escisuras complicadas. En un microcéfalo, al contrario, siempre es incompleta la cisura paralela y á veces nula, y el lóbulo esferoidal es casi completamente liso. Ni es esto todo: en los microcéfalos el segundo pliegue del tránsito entre el lóbulo parietal y el occipital es siempre superficial, lo cual es un carácter absolutamente propio del hombre. En el cerebro de los pithecos, al contrario, este pliegue está constantemente oculto bajo el opérculo del lóbulo occipital. Así, en medio de su anquilamiento, el cerebro de los microcéfalos presenta caracteres humanos; ménos voluminoso á veces y ménos plegado que los del orang y chimpancé; no les es semejante; el microcéfalo, por reducido que sea, no es una bestia, es un hombre achicado.»

La distancia orgánica inmensa é infranqueable del mono al hombre, la reconoce el mismo Huxley en estas inconcebibles palabras: «Tengo seguridad que del uno se ha pasado al otro por un camino desconocido. Ahora la distancia que los separa es igual á la de un abismo.» Palabras

que demuestran lo que puede en un hombre docto una opinion preconcebida, pues no sabiéndose por qué términos ni caminos se ha verificado este tránsito, no contando por ningún hecho, por ningún dato experimental, es preciso que esa creencia de Huxley proceda de un principio *à priori*, y que un naturalista prefiera una opinion teórica á todo lo que le está enseñando la experiencia constante y uniforme de los siglos históricos y aun prehistóricos.

Si esto no es socavar por su base el método científico, y volver la ciencia natural á los tiempos en que no se observaba ni experimentaba, y se deducia todo por via dialéctica de principios caprichosos, dígalo toda persona imparcial. Y no se pierda de vista esta consideración, que vale para todos los trasformistas y partidarios del estado primitivo del hombre meramente animal, á saber, que no se ha dado un solo caso histórico de que un pueblo ó tribu salvaje se haya civilizado espontáneamente sin influjo de fuera, y que el estudio atento de su estado y género de vida, prueba manifiestamente la imposibilidad práctica de que un día lo verifiquen. Es este otro dato de experiencia constante, contra el que se estrellarán siempre estas degradantes doctrinas, que se empeñan en darnos por ascendientes á los brutos animales, contra toda prueba racional, contra la buena filosofía, contra la tradición universal de los hombres cultos, contra la lógica misma que enseña: que el sér inteligente, libre, social, religioso, moral, industrial, artista, no ha podido proceder de seres que nada de esto son, en el mismo hecho de ser imposible que lo más proceda de lo ménos.

Con esto podemos ya pasar á nuestra segunda proposición, esto es, que la ciencia no puede probar la imposibilidad de la formación de diversas razas humanas dentro de la misma especie, ni, puesto que esta se propaga por generación, la imposibilidad de que todos los hombres procedan de un solo matrimonio.

II

La variedad en la unidad es ley de la especie, y que esa variedad pueda adquirir firmeza y transmitirse por generación indefinidamente, lo prueban por experiencia las razas bovinas, caballares, caninas, etc., que se deben á los cuidados é industria humana. Cierto que todas ellas conservan los caracteres esenciales ó específicos, aunque más ó ménos modificados, y por eso forman una especie y no muchas; pero el aspecto general que les dan las modificaciones de los caracteres específicos, y la diversidad de los accidentales, como tamaño y color, es tan



vario, que fácilmente se los tomaría por especies diversas, á no existir el indicio seguro de la propagación indefinida por generación fecunda entre todas ellas. Procurando cruzar individuos en que sobresaliera alguna cualidad, se ha llegado á hacerla más sobresaliente y perpetuarla en una raza. En rigor basta esto para explicar, mediante el trascurso del tiempo y las influencias externas unidas al género de vida, todas las variedades humanas que por gradaciones imperceptibles ligan á la llamada raza caucásica con la negra en sus límites extremos. Y sabiendo que dentro de una misma especie se forman razas diversísimas, es preciso que los adversarios de la unidad específica del hombre prueben que esto no basta para explicar sus variedades, y por consiguiente, que no han podido proceder todos del mismo padre. Los conatos de los modernos partidarios de esta doctrina para dar la prueba apetecida y necesaria, son los que vamos á examinar.

Burmeister dice de esta manera: «Puesto que jamás un judío habitante de Alemania llega á ser un alemán, como tampoco un europeo que emigra al África ó América llega á ser un negro ó un caribe, ¿por qué los descendientes de Adam se habrían convertido en caribes ó negros?» Pues eso precisamente obra en favor de nuestra tesis, en cuanto prueba la firmeza que pueden adquirir las variedades de una misma especie y raza, puesto caso que el judío y el alemán pertenecen ambos á la raza caucásica. Este argumento probaria demasiado, es á saber, que la llamada raza caucásica no es una raza, como creen casi todos los naturalistas, sino una colección de razas irreductibles entre sí. Es más, familias hay que conservan de tiempo inmemorial rasgos característicos permanentes, como la familia de los Borbones, y eso que no ha sido tan absoluta en ellas la práctica de no contraer alianzas matrimoniales con otras familias, como entre los judíos, que nunca se enlazan con los que no lo son, y guardan sus costumbres, ideas religiosas y género de vida peculiares, todo lo cual tiende á perpetuar sus rasgos característicos. Si los negros trasladados á Europa no se han convertido en europeos, falta que pasen siglos en que se mantengan puras en Europa las razas de negros, despues de haber adoptado las ideas, costumbres, estado social y género de vida europeos. En la creación de las razas influyen dos causas principales: la raza original y las influencias modificantes. Si un negro viene á Europa, cambia el segundo factor, mas no el primero; como si un europeo se traslada á la América ó Asia, y aún en este caso, el único factor que obra produce

sus modificaciones; baste citar á los judíos negros y á los portugueses de la costa malabárica, negros también. Si se dieran los cruzamientos convenientes, juntamente con las otras causas modificantes, se obtendría con el tiempo el tránsito que sin razón alguna se supone imposible. Que todas estas causas debieron obrar con más energía en los albores y primeros crecimientos de la humanidad, es de suyo probable, y está basado en la analogía con los cambios que se verifican en la infancia y juventud del individuo humano, comparados con la firmeza de la edad madura, y con la enorme diferencia entre muchas familias vejetales y animales que vivieron en tiempos remotísimos, y las mismas que viven ahora; baste citar la de los hongos. «En la primera existencia de la especie humana, dice Burdach, los hombres no podían haber adquirido aún una personalidad tan marcada, y por consecuencia, debían depender más de la naturaleza, y ser más impresionables por las influencias externas. Ahora que las fuerzas naturales no obran con la misma intensidad, y las relaciones han tomado un carácter más fijo y durable; que el hombre, en fin, se ha hecho más independiente, el clima no tiene una influencia tan fuerte como antes.»

Ninguna dificultad puede ofrecer la traslación del hombre á todas las regiones donde se encuentra. El idioma, costumbres, tradiciones y religión de los pueblos del Pacífico se parecen tanto, que no permiten dudar que se han propagado por emigraciones sucesivas de isla en isla; Guillermo Humboldt, juez tan competente, así lo asienta como cosa segura. Los japoneses llegan en sus expediciones de tiempo inmemorial á las islas del Pacífico y hasta la embocadura del Colombia. A. Humboldt hace notar que bastan 36 horas de viaje para llegar del Asia á la América.

Es cierto históricamente que este país ha sido visitado hasta por europeos antes de Colon; ¿qué dificultad puede haber en que emigraran allá desde el Asia, ó de intento, ó por casualidad, como, por ejemplo, arrojados por la tempestad, los primeros pobladores? Así se pobló una isla en 1589 por unos naufragos ingleses, que sólo llevaban cuatro mujeres, y á los 80 años contaba 12.000 habitantes. El hambre, las conquistas, la pesca, y aun el espíritu aventurero y sed de ganancias, son causas más que suficientes para explicar la propagación del hombre por todo el mundo. Las conquistas singularmente explican el abandono de climas favorables para retirarse á otros difíciles, huyendo de la brutalidad y tiranía de los pueblos conquistadores.